



La luz del sol al amanecer se detuvo sobre la moneda plateada. Y ésta abrió súbitamente los ojos y, entumecida tras tantas horas de profundo sueño, se desperezó. ¡Había tanta humedad allí arriba! Sobre el tejado de aquella casa de dos pisos situada al final del pueblo.

“Buenos días”, dijo amablemente a su otra cara.

No hubo respuesta.

“¡Buenos días!

Despierta, ha amanecido...” volvió a decir, aún más amablemente.

Pero su otra cara no contestó. Tampoco aquel día contestó.

Como no le había contestado desde que recordaba. Por muy amablemente que le hubiese hablado, por tantas veces que lo hubiese intentado.

Miró hacia el sol que se elevaba en el cielo y sonrió.

“¿Por qué no me hablas?” , volvió a decirle a su otra cara.  
“Háblame, yo estoy tan sola como tú.”  
“Háblame.”

“Ya lo sé, puede que no te guste mi compañía, pero qué le vamos a hacer. Somos tan sólo las dos caras de una moneda. Y sería bonito que habláramos de vez en cuando.

¿No sería bonito que nos tuviéramos la una a la otra?”

Pero su otra cara no hablaba. Se lo había pedido tantas veces. Se lo había pedido de todas las formas que conocía. ¡Pero no conocía muchas! Una cara de una moneda pequeña y barata, eso es lo que era. Nada más.

“Buenas noches” le dijo, mientras caía la oscuridad...

\* \*

“Buenos días” dijo dulcemente con la primera sonrisa del sol.

No hubo respuesta. Quizás estaba aún dormida... Esperaría un poco.

Esperó a que el sol estuviera más arriba. Un sol de oro. Un sol que brillaba sobre la moneda plateada, en el tejado de aquella casita de dos pisos. Y entonces se atrevió a hablarle de nuevo.

“Hace un bonito día hoy, ¿verdad?”

Pero ella no contestó. Como no había contestado hasta aquel día.

¿Por qué?

¿No la había conmovido el interés de su otra cara?

¿Acaso tenía algún motivo para no hablar? ¿Acaso era malo que alguien quisiera saber de su otra cara?

A ella no le parecía tan malo...

Claro que por otra parte qué sabía ella. Una cara de una moneda pequeña y barata, eso es lo que era.

...

¿Acaso...

...¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? No podía ser otra cosa. ¡Eso era, así de simple!

“¿Acaso no puedes hablar?” le dijo.

“¿Acaso quieres pero no puedes hablar?”

“Entonces haz algo, muévete, golpea el tejado y comprenderé.”

“Si no puedes hablar, golpea el tejado.”

Nada.

Ningún movimiento, ningún ruido. Y eso que por un momento lo había creído.

...Solo por un momento había creído que por fin se comunicaría con su otra cara...

Quizás con un golpe en la teja cubierta de hierba.

Mediante algún movimiento imperceptible intercambiarían opiniones, pensamientos, sentimientos. Encontrarían nuevas maneras de hablar.

¡De hablar!

Las dos caras de una moneda, en un tejado al final del pueblo. Dos caras solas, completamente solas.

Nada.

Ningún movimiento. Ningún ruido. La respuesta era obvia. No quería hablarle.

“Buenas noches” le dijo, y se quedó mirando al sol que se dirigía al ocaso. Tenía muchas ganas de llorar pero no iba a hacerlo. Su otra cara podría darse cuenta.

Podría darse cuenta por un movimiento imperceptible, por un suspiro que se le escapara.

No. ¡No podía llorar! Podría darse cuenta su otra cara. Y por nada del mundo quería entristecerla.

También ella era una cara sola, completamente sola. Quizás más sola que ella misma.

¿Pero entonces por qué no le hablaba? ¿Por qué?

Si eran las dos, dos caras solas, completamente solas, en un tejado al final del pequeño pueblo.

\* \*

No le dio los buenos días aquella mañana.

Comenzó con una pregunta que la había estado consumiendo toda la noche. Que la atormentaba como nunca había sido atormentada ninguna cara, de ninguna moneda en ningún pueblo del mundo.

“Acaso me odias” le dijo, y contuvo con dificultad un escalofrío, una lágrima que se asomaba a sus ojos.

“¿Acaso me odias porque puedo ver el pueblo y el sol?”  
“¿Acaso me odias por que estás siempre vuelta hacia el tejado?”

“¡Contéstame! Contéstame, por favor...”

No hubo respuesta.

“Pero no tengo yo la culpa, lo sabes... Lo recuerdas, ¿verdad que sí?”

“La culpa es de aquel niño travieso que nos lanzó a este tejado.”

“Dime. Dime que lo recuerdas...”

“...Háblame, por favor. Yo también soy una cara de una pequeña moneda barata. ¡Háblame! ¡Cuéntame de ti! ¡Dime algo! ¡Soy tu otra cara!”

Entonces, desesperada, empezó a describirse.

Era quizás una cara común. Una figura de mujer de rasgos delicados, de nariz pequeña y bonita y ojitos simpáticos.

Una mujer cautiva para siempre en el tejado de una casita de dos pisos.

“Háblame de ti”, le dijo.

“¡Dime a qué te pareces!”

“¡Podemos ser amigas! ¡Podemos ser si quieres las mejores amigas! Las mejores amigas de todas las caras, de todas las monedas.

Las mejores amigas de todo el pueblo. De todo el país. De todo el mundo si me dices algo.

Solo una palabra.

¡Si me dices que quieres!”

“¡Y entonces yo existiré sólo para ti! Aunque ya no me vuelvas a hablar...”

Silencio. Absoluto silencio... Pero ¿por qué?

Era también ella una cara sola, completamente sola, quizás la más sola de todas las caras del mundo...

...

A partir de aquel día, comenzó a describirle lo que

veía.

No le pedía que le hablara. Ya no. Simplemente le hablaba sin pedirle nada más.

Le hablaba del pueblo y del bosque junto a él. Le hablaba de la gran calle entre las casas y del mercado. Le hablaba del sol y de las nubes. De los pájaros del cielo. De las campanas que repicaban cada domingo.

A partir de aquel día la vida de esta cara no fue la misma. Describía lo que veía y ya no pedía nada.

No sabía si era bueno o malo el no querer saber sobre su otra cara. Sin embargo, su vida fue más bonita desde aquel día. Y se sentía menos sola, mucho menos sola, que cualquier otra cara en cualquier rincón del pueblo.

Era una cara menos sola.

\* \*

Por primera vez desde que estaban en aquel tejado, estalló la tormenta. La primera tormenta del invierno.

Y estaba tan feliz de que las gruesas gotas cayeran sobre ella. ¡De estar protegiendo a su preciosa cara!

El viento arreció.

Arreció tanto que las tejas comenzaron a temblar. Tembla-

ban tanto como nunca antes habían temblado las tejas de la casita de dos pisos.

¡Y entonces ocurrió el desastre!

Tan rápido que ninguna cara, en ningún rincón del mundo comprendería qué pasaba...

Simplemente sintió que rodaba por el tejado cubierto de hierba.

\* \*

¡Hacía tanta, pero tanta humedad allí abajo!

Allí abajo, en medio del jardín de una pequeña casa al final del pueblo.

¡No obstante, era una cara aún más feliz! Y sin embargo era una cara hundida en el barro. La cara de una mujer de rasgos delicados, hundida en el barro.

¡Y sin embargo estaba tan feliz!

Su otra cara podía ver otra vez las nubes. Los carros y las calles. Las campanas y los bosques.

A su otra cara, ¡le daba el sol!

Sí, estaba tan feliz. Tan feliz como no había estado nunca ninguna cara, de ninguna moneda, en todo el pueblo.



Y seguro que su otra cara le hablaría. Aquella cara que hasta entonces nunca le había hablado.

Seguro que ahora le describiría todo. Lo que viese.

Las montañas y los bosques. El pueblo y las casas. El sol y las nubes...

Aunque ella no la pudiese escuchar. Aunque ella no le pudiese hablar. Aunque ya sólo fuera una cara hundida en el barro.

Eran, no obstante, dos caras menos solas. Menos solas que cualquier otra cara, en ese pequeño pueblo de casitas de campo.

¡Y entonces ocurrió el desastre!

Tan rápido que ninguna cara, en ningún rincón del mundo comprendería qué pasaba.

Pero desgraciadamente ella pudo hacerlo... Ella pudo comprenderlo todo...

\* \*

...Ya no había nada de humedad.

Era una cara reluciente, en un lugar destacado de la colección de aquel coleccionista. Y era, de verdad, la pieza más extraña, más rara de la colección.

Era una moneda carísima y extraordinaria.

¡Una moneda realmente única!

¡Una moneda que ningún otro coleccionista había encontrado!

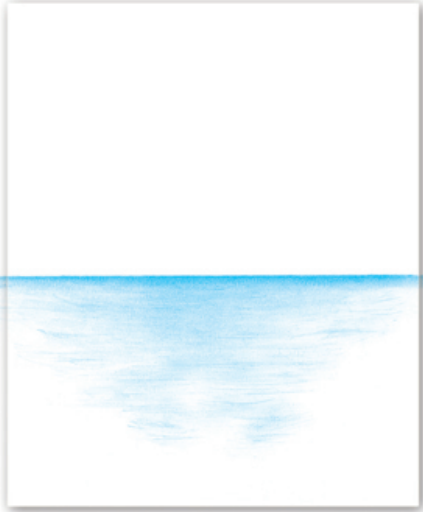
Aquella moneda en la caja de cristal en el centro de la gran colección era —y no me preguntéis cómo ni por qué— ¡una moneda de una sola cara!

Sí, ¡habéis escuchado bien!

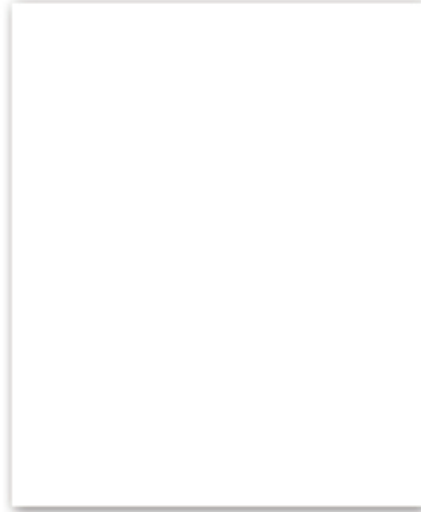
Una moneda de una sola cara.

...Una cara tan sola,  
como ninguna otra cara, de ninguna otra moneda,  
en ningún otro lugar del mundo.

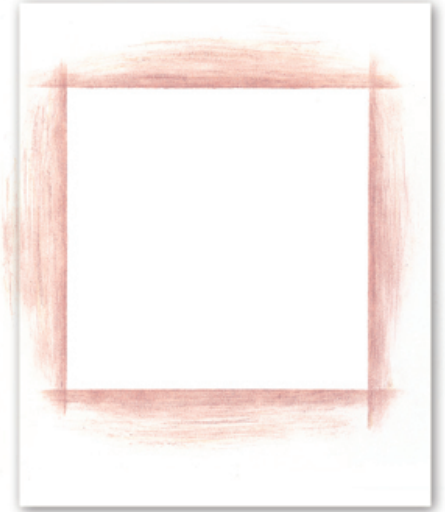
*17 a 18 de diciembre*



El Delfín y la Gaviota



Tócame...



La mariposa azul

Estas historias han sido desestimadas, rechazadas y enterradas por completo en Grecia durante más de una década, debido entre otros motivos a que son diferentes. Es bienvenida cualquier propuesta seria de editores extranjeros de mente abierta, que estén dispuestos a sacarlas a la luz para las personas del mundo. Por favor pónganse en contacto con nosotros a través de la página web.

La historia de la otra cara  
también se encuentra en el libro.